

Astillas de sombra

Jesús Heredia Caamaño

Facultad de Filosofía y Letras

Invitación al miedo de la vida cotidiana en las calles de la gran ciudad

Apuró el paso y yo también. Atrás quedaron las esquinas solitarias y colgando del único poste, un foco incapaz de iluminar la calle recta que parecía perderse en la noche.

Él iba adelante, trataba de disimular sus nervios, metiendo las manos en las bolsas del pantalón. El golpeteo de sus suelas contra la banqueta me hizo pensar en unos zapatos negros bien lustrados.

Di vuelta en esa calle movido por el impulso de sus primeros pasos largos. No sabía de qué huíamos, voltear significaba enfrentarse a un inevitable desenlace y mientras menos tiempo perdiera, tenía más esperanzas de alcanzar el otro extremo de la calle.

A medida que avanzamos iba sintiendo una especie de afecto hacia aquel extraño. Quizá la última esperanza de los amigos en la desgracia, después de todo escapábamos de lo mismo y llegado el momento, tendríamos que pelear juntos.

Por mis venas corría el temor del único pasajero en la última combi; no me acerqué mucho porque en cualquier momento un desconocido puede convertirse en asaltante, violador o asesino. Lo seguí a una distancia prudente, tratando de reconocer la calle. Nunca había pasado por ahí, supongo que era una de esas calles que se evitan porque aún durante el día son muy oscuras. Lo último que vi fue-

ron unos carteles pegados sobre bardas anunciando lucha libre.

Parecía una calle de fábricas abandonadas o en construcción. Al pasar junto a un montón de escombros levanté una piedra, quise meterla en la bolsa de mi chamarra pero no cupo.

Cada vez estaba más adentro de esa calle y no pasaba nada; el otro aumentó la velocidad guardando la compostura, no quería llegar al extremo de correr por temor al ridículo. Me acordé de una mujer con zapatos de tacón que se cayó en las escaleras del metro, tardó más tiempo en caer que en levantarse, sin importarle alguna fractura en los tobillos. Me apuré también, cuidando que mis pasos no desembocaran en una carrera incontrolable.

Íbamos como a la mitad cuando él empezó a correr, quizá motivado por las luces de un carro que sugería el final de la calle en una avenida transitada. No me quedó otra que mirar hacia atrás, primero con la orillita del ojo, después con toda la cabeza. La calle seguía igual de sola que al principio. Traté de darle alcance, ya lo tenía como a unos diez pasos, apreté la piedra y la lancé con el impulso de la carrera hacia donde calculé la cabeza. Sentí en mi mano la certeza de haber dado en el blanco, escuché dentro de mis oídos el sonido de una manzana partida con los dedos. Después seguí corriendo con todas mis fuerzas, pero en sentido contrario ●

